

que quedaba sedimentado en el fondo de la indignación pública, la oposición contra la deuda no fué ya un sentimiento, sino una pasión. El Gobierno hizo todo lo que pudo para exacerbársela: diezmó con detenciones y prisiones á la multitud de estudiantes y de agregados, la hostigó con la intervención odiosa del esbirro disfrazado, la apaleó y tiroteó por medio de sus gendarmes de á pié y de á caballo y la irritó con la insolencia de sus oradores. Casi todos los redactores mercenarios de la hoja subvencionada de D. García I, hechos diputados en premio de cuatro años de complicidad literaria con el fraude oficial, fueron azuzados contra la multitud, lo mismo que el esbirro y el gendarme. . . . Y he aquí, bajo el influjo de tanta presión, á qué punto habían llegado las cosas el día 18 de Noviembre:

VIII.

Una sesión tempestuosa.

Desde las dos de la tarde se había guarnecido el frente de la Cámara y las calles circunvecinas de un gran cordón de tropas. Infantería y caballería, varios regimientos, batallones y escuadrones de lo más flamante y granado de nuestro ejército, fueron llegando poco á poco y alineándose al borde de las aceras, siempre apoyando sus filas hácia el pórtico de la Cámara, convertido en una especie de centro estratégico de imaginadas operaciones. Al despliegue de tanto aparato de fuerza, parecía como si se estuviese esperando un asalto en regla al ex-teatro de zarzuelas. . . . Por dentro el primer agente en París del contrato con los teneedores de bonos, D. Carlos Rivas, ya convertido en Gobernador del Distrito en sustitución del prófugo D. Ramon Fernandez, parecía dirigir otro apa-

rato de fuerza y vigilancia interior, en correspondencia con el que se desplegaba al exterior de la Cámara. A su lado, en el mismo salon parlamentario, vestido con traje de montar y cubierto con el sombrero ancho de nuestros *charros* y *rancheros*, estaba el jefe de la policía, Lagarde, y ambos miraban con atención á las galerías, dirigian signos y miradas de inteligencia á los gendarmes y policías secretos que las invadian, observaban á la multitud de estudiantes y de agregados mezclada entre ellos y pasaban revista á los diputados del *pro* como pastores que cuentan y recuentan las ovejas de su señor.... En una sesion próxima anterior, se habia ya aprobado por mayoría de votos *en lo general* el dictámen de aprobacion del contrato Noetzlin. Tras de esa primera derrota, la oposicion vencida, habia dirigido hábilmente sus esfuerzos á establecer, conforme á reglamento, una discusion y votacion detallada, artículo por artículo, de los que componian el proyecto de ley sobre el pago de la deuda. La consigna vino entónces á prevenir á la mayoría contra ese recurso estrictamente legal de la minoría, calificado por aquella de ardid obstruccionista discurrido para

aplazar la aprobacion legislativa del contrato. Faltaban 12 dias para el 30 de Noviembre en que Manuel Gonzalez debia entregar el poder al General Diaz. Demorada la aprobacion en la Cámara, pasaria al Senado demasiado tarde para que esta segunda Cámara tuviese tiempo de imprimir el último sello de legalidad al contrato ántes del 30 de Noviembre, dia despues del cual, con las Cámaras clausuradas, con el personal del Ejecutivo renovado, el contrato Gonzalez-Noetzlin seria nulificado por la fuerza de una saludable reaccion política.

Tal era en aquel dia 18 de Noviembre el estado que guardaba el debate. La ambicion del Gobierno, la resistencia de los diputados patriotas y la ansiedad del público prestaban á la sesion de aquel dia una importancia decisiva. De allí tanta tropa fuera de la Cámara, tanta gendarmería dentro de ella, tanta agitacion por toda la ciudad. El comercio habia cerrado sus tiendas desde la primera hora de la tarde, grandes masas de gentío desprendidas de los barrios pobres y los alrededores de la ciudad, acudian al centro de ella y se agolpaban hácia las calles adyacentes de la Cáma-

ra, impedidas por su mismo número de llegar hasta el pórtico y penetrar á las galerías repletas.— Entre este tumulto, entre las camisas de los léperos, las chaquetas de los artesanos y los uniformes de soldados y gendarmes, se veía aquí y allí bullir á los estudiantes llevando en las manos papeles que hacían circular entre la multitud. Eran proclamas y otros impresos que ellos hacían á sus propias expensas, cotizándose con el óbolo arrancado por el patriotismo á su habitual penuria. Una lista de nombres, unos con letras doradas, otros con letras negras, los primeros pertenecientes á los diputados que habían votado *en lo general* en contra de la deuda, los segundos á los que habían votado en pro, figuraba entre los papeles distribuidos. Pero sobre todos había llamado la atención y se recogía todavía con avidez una excitativa de la juventud á los llamados representantes para reclamar, de los patriotas la perseverancia, de los fluctuantes la adhesión á la minoría, de los serviles la renegación de sus pactos de fidelidad á la consigna y su conversión á la causa de la patria. . . . "La nación agoniza, no le deis el golpe mortal; el General Diaz recibe un moribun-

do, que no reciba un cadáver!" Así empezaba la excitativa ó proclama, y añadía: "Olvidad vuestros compromisos y escuchad vuestra conciencia! todos los pueblos esperan vuestro fallo. Recordad la conducta digna del Congreso de 61. ¿Ha desaparecido de México esa raza de hombres? ¿No significan nada en vuestros recuerdos los nombres de Zarco y Ramirez, de Doblado y de Juarez? ¿Es en realidad el Congreso la representación nacional ó es, por desgracia, una reunión infame de mercaderes sin honra y sin conciencia?" Ejemplares de esa proclama arrojados de las galerías caían semejantes á espiritual lluvia de fuego sobre el salon, donde iba á desarrollarse la más reñida jornada de la lucha.

Un diputado de oposicion se levantó á reclamar contra la presencia de tantos gendarmes y espiones dentro de la Cámara, de tantas tropas en torno de ella. Su reclamacion, aplaudida en las galerías y obsequiada por la promesa halagadora del presidente de la Cámara de hacer retirar en seguida gran parte de la fuerza, causó realmente el efecto contraproducente para la oposicion de hacer despejar la galería alta, poblada por la porcion

más agitadora de los estudiantes. . . . Los desalojados salieron protestando y gritando: se quiso hacer salir con ellos la tempestad del interior de la Cámara, y no se consiguió más que aumentarla en el pórtico, donde la masa lanzada se mezcló en tumulto con la multitud, sin lograr alejar esa tempestad del interior donde permanecía en la ansiedad y la exaltación de las otras galerías y en el ánimo enardecido de todos los diputados, que en su mayor parte asistían armados de revólvers á la sesión, como si esperasen que aquella lucha de palabra degenerara de un momento á otro en una lucha de hecho.

Entre murmullos, campanillazos del presidente, interpelaciones á él y al ministro de Gobernación cuya presencia se reclama, entre un ruido sordo y un vago movimiento de inquietud, plantea la oposición su pretensión legal de que el contrato se discuta artículo por artículo y fracción por fracción, y formalizada una proposición sobre el asunto, se procedió á votarla. El resultado de esta votación, en que la desesperación del público había soñado como en un triunfo conseguido en virtud de postreras conversiones políticas, ese resultado no hizo más que confirmar la perseverancia en el

servilismo de los miembros de la mayoría. La proposición fué rechazada por *ochenta y dos votos contra setenta y uno.* Un chubasco de gritos, imprecações, juramentos de indignación, epítetos denigrantes dirigidos á los diputados de la mayoría, saludó aquella nueva derrota de la causa popular. Luego, un diputado de oposición, Eduardo Viñas, notable por el nervio de su argumentación desarrollada en más de un discurso de ataque pronunciado en el curso del debate, toma la palabra y se pone á soplar sobre el fuego comprimido. "Perdemos la batalla campal, exclama: quedanos aún la guerra de montaña," y á esas palabras que suenan en los oídos de la multitud como un toque de clarín en medio de la derrota, se siente que la cuerda tendida de la indignación va á reventarse, que algo extraordinario va á suceder y estallar, porque, agotados los argumentos y las fórmulas, ya no es posible que la lucha se contenga dentro de los límites de una discusión. . . . En tal momento, solo un suceso exterior viniendo como á obstruir el curso del debate, podía detenerle ó desviarle en la pendiente de pasión porque se había precipitado. . . . Ya muchos diputados acariciaban

los mangos de su revólvers, ya las galerías llevadas al punto de agitacion y tumulto de una plaza de toros, conminadas por el presidente con un lanzamiento general, entraban en esa fiebre loca de las multitudes que no es más que la locura de un individuo multiplicada por un factor inmenso. . . . El acontecimiento exterior vino y se anunció en la forma de detonaciones sucesivas; primero un tiro, luego otros, despues una descarga cerrada. . . . Entónces, cada porcion de la Cámara interpreta el estruendo de la fusilería segun sus pasiones ó sus temores; los diputados de la mayoría creen en un asalto do la muchedumbre á la Cámara, y algunos huyen del salon espantados, otros sacan sus revólvers, y se vió á dos de ellos que apuntaron á las galerías con sus armas amartilladas, bajo la impresion de un miedo criminal. Por su parte las galerías y la minoría adivinan un ataque brutal de los soldados á la multitud de la calle. . . . Una oleada de esa multitud arrolla los guardias y gendarmes del pórtico y penetra desbordándose hasta el salon de la Cámara. . . . Ya no es ésta una simple plaza de toros; es el redondel á la hora del *toro embolado*. . . . Los que así penetran de fuera

traen el testimonio ocular de lo que pasa: ellos han visto á la multitud lanzada de la galería superior agitarse y agolparse dando gritos de "muera," á la entrada de la misma galería en el momento en que se tuvo la adversa nueva del resultado de la última votacion; ellos han visto á un batallon y á la gendarmería hacer fuego sobre la muchedumbre y caer de entre él algunos heridos y muertos. Traen sensible en sus rostros la impresion turbadora de la vision de la muerte y el olor de la sangre. Su emocion se comunica á las galerías con la velocidad instantánea de una chispa eléctrica. Gritos de "están matando al pueblo" resuenan por todas partes entre las mas violentas interjecciones. Todos los diputados se levantan. Uno de la oposicion grita: "se asesina á nuestros hermanos! vamos á salvarlos" é invita con un ademán á sus compañeros á salir. Otro diputado de edad avauzada, afiliado tambien en la oposicion y muy conocido por la energía de su independecia, viendo al jefe de policia mezclado entre la muchedumbre que invade el salon y cubierto como siempre con su sombrero, se dirige á él y le hace salir á empellones, como si viese en él personificada la

asamblea por la fuerza. Un tercer opositor, carácter militar avezado á luchas más sangrientas que la de los parlamentos y los motines, se dirige á los grupos de la mayoría en tono de altivez por su propia actitud de increpacion, por la actitud seria de ellos; y por último, Salvador Diaz Miron, el ídolo popular del momento se lanza á la tribuna é impone al tumulto el silencio con su voz, la calma con sus excitativas al orden. Reclama del presidente de la Cámara D. Gumesindo Enriquez, que salga á contener la "matanza," y el presidente accede á la demanda y sale de la Cámara en compañía del mismo Diaz Miron volviendo á los pocos minutos. . . . ¿Qué es? le interpelan de todas partes los diputados. ¿Quién es el culpable? ¿Quién causa el tumulto? y el presidente suelta en contestacion esta palabra:

¡El populacho!

Si al soltarla hubiera estado al alcance de las galerías, lo más seguro es que la sesion hubiera acabado como una pantomima inglesa con el presidente arrojado barandillas abajo por la multitud. Pero tuvo la buena fortuna de pronunciarla á lo lejos, afortunado tras la mesa presidencial en

el fondo de la plataforma, y la palabra no le atrajo otro accidente que una andanada de protestas y de gritos. . . . *¡El pueblo, y no el populacho!* gritaron mil voces, y el presidente, como un nadador desesperado que se lanza á la compuerta del estanque para tirar de ella y dar salida á las aguas en que se ahoga, levantó la sesion ofreciendo un cauce de salida á la multitud de las galerías, cuya exaltacion ya no podia contenerse dentro del estrecho recinto de la Cámara. Salió como torrente despeñado, se unió en la calle á la multitud que desafiaba encolerizada los fusiles de soldados y gendarmes, y las dos multitudes confundiendo sus masas y sus gritos y sus pasiones, fueron motin, *pronunciamiento* loco improvisado en una esquina, sin tropas y sin armas. Fué aquello primero el motin de la piedra contra el plomo: se cambiaban guijarros por balas; el guijarro del amotinado no hacia nada ó muy poco, la bala del soldado y del gendarme heria y mataba. Apenas se veian los muertos, porque la policia cumpliendo el oficio de receptora de sus propias víctimas, tenia el cuidado de envolver los cadáveres y sepultarlos en la sombra. No fué ésta, sin embargo, tan densa

que impidiese á algunos curiosos llevar la cuenta secreta de los muertos, no ménos desconsoladora que la de los reducidos á prision y los deportados. . . . Por último, la multitud rechazada á balazos y mandobles de las calles confluentes al pórtico de la Cámara, se esparció por el centro de la ciudad, é impotente para resistir á la fuerza superior que la perseguía, llegó á ser en breve ya no el motin de la piedra contra el hierro sino el de la piedra contra el vidrio. Rompió el vidrio donde quiera que pudo verlo y alcanzarlo: en los escaparates, en los balcones, en los faroles del gas y en los fanales de la luz eléctrica.

Y en tanto que la noche caía sobre la ciudad conmovida al ruido de los gritos y las pedradas, y recorrida en todos sentidos por patrullas de caballería que blandían sus sables indistintamente contra vecinos pacíficos y belicosos, otra lucha más violenta, de ideas y sentimientos encontrados, se verificaba en el alma de un hombre. . . .

IX.

Últimos días de un presidente.

Se acercaba el día de dejar el poder, y Manuel Gonzalez contrariado por la oposicion surgida tan inesperadamente en la Cámara de diputados, irritado por las manifestaciones hostiles de la juventud, acosado por las censuras de una parte de la prensa, débiles ecos de la reprobacion general, abrumado por la voluntad nacional que ansiaba por su salida del poder como por la cesacion de una *gran calamidad* pública, sintiendo los horrores de una especie de agonía política, experimentando, sin poderlo evitar, en su rebelde conciencia, el remordimiento de sus terribles responsabilidades ante la patria y la historia, y sintiendo más que todo, los golpes dados á su ambicion con los obstáculos que un patriotismo inesperado le suscitara para la adquisicion del último lote de millo-